

Juan Carlos Mestre

ASAMBLEA

POESÍA REUNIDA 1975-2025



Presentación de Antonio Gamoneda

Galaxia Gutenberg

Juan Carlos Mestre

Asamblea

POESÍA REUNIDA
(1975-2025)

Presentación de Antonio Gamoneda

Introducción de Jordi Doce

Edición de Emilio Torné

Edición al cuidado de Jordi Doce

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.^o 1.^a
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: enero de 2026

© de los poemas: Juan Carlos Mestre, 2026
© de la presentación: Antonio Gamoneda, 2026
© de la introducción: Jordi Doce, 2026
© de la nota editorial: Emilio Torné, 2026
© de las ilustraciones de cubierta y de interior: Juan Carlos Mestre, 2026
© de la traducción al castellano del poemario *200 gramos de patacas tristes*:
 Mario Obrero, 2026
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2026

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Sagrás
Depósito legal: B 551-2026
ISBN: 978-84-10317-52-9

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

ASAMBLEA

ANTÍFONA DEL OTOÑO EN EL VALLE DEL BIERZO

LAS PÁGINAS DEL FUEGO

LA POESÍA HA CAÍDO EN DESGRACIA

LA TUMBA DE KEATS

LA CASA ROJA

RUISEÑOR Y MISERICORDIA

LA BICICLETA DEL PANADERO

MUSEO DE LA CLASE OBRERA

200 GRAMOS DE PATACAS TRISTES

200 GRAMOS DE PATATAS TRISTES

EL CIPRÉS DESCAPOTABLE

[Inédito. Fragmento: veintiún poemas]

•

Apéndice: Poesía primera

SIETE POEMAS ESCRITOS JUNTO A LA LLUVIA

LA VISITA DE SAFO

ANTÍFONA DEL OTOÑO EN EL VALLE DEL BIERZO

[1984-1985]

(primera edición, 1986;
segunda edición ampliada, 2003)



Antepasados

Mis antepasados inventaron la Vía Láctea,
dieron a esa intemperie el nombre de la necesidad,
al hambre le llamaron muralla del hambre,
a la pobreza le pusieron el nombre de todo lo que no es
extraño a la pobreza.

Poco es lo que puede hacer un hombre con el pensamiento del
hambre,
apenas dibujar un pez en el polvo de los caminos,
apenas atravesar el mar en una cruz de palo.

Mis antepasados cruzaron el mar sobre una cruz de palo,
pero no pidieron audiencia,
así que vagaron por los legajos
como los erizos y los lagartos vagan por los senderos de las
aldeas.

Y llegaron a los arenales,
en los arenales la tierra es brillante como escamas de pez,
la vida en los arenales solo tiene largos días de lluvia y luego
largos días de viento.

Poco es lo que puede hacer un hombre que solo ha tenido en la
vida estas cosas,
apenas quedarse dormido recostado en el pensamiento del
hambre
mientras oye la conversación de los gorriones en el granero,
apenas sembrar leña de flor en la sábana de los huertos,
andar descalzo sobre la tierra brillante
y no enterrar en ella a sus hijos.

Mis antepasados inventaron la Vía Láctea,
dieron a esa intemperie el nombre de la necesidad,
atravesaron el mar sobre una cruz de palo.
Entonces pusieron nombre al hambre para que el amo del
hambre
se llamara dueño de la casa del hambre
y vagaron por los caminos
como los erizos y los lagartos vagan por los senderos de las
aldeas.

Poco es lo que puede hacer un hombre con las migas de la
piedad,
comer pan mojado los días de lluvia a los que luego seguirán
largos días de viento
y hablar de la necesidad,
hablar de la necesidad como se habla en las aldeas
de todas las cosas pequeñas que se pueden envolver con
cuidado en un pañuelo.

I

Yo, con vosotros. Dando cada día
testimonio de cómo entre los hielos
abre el amor sus minas imborrables.

ANTONIO PEREIRA

Todo lo aprendí de quien nunca fue amado:
la nieve y el silencio y el grito de los bosques
cuando muere el verano.

JULIO LLAMAZARES

Oh buen otoño ardido, coronado de vid,
corrompido de mostos y de rosas nocturnas

ANTONIO COLINAS

El otoño

Lloro ángel mío como un caballo joven que huye de su sombra, lloro bajo el palio púrpura de la núbil inocencia, también por los sueños que no tuve y que ya nunca sabré, porque todo se ha envanecido y me cavila y lo divulgo, lloro sobre esta época y su dulcedumbre, pero tú no me escuchas, pero tú me habrás olvidado ungida por lo dócil y el efímero esmero de las giganteas fragantes.

El que llora, el arrobado de juglaría y el que canta para ti epíncios de oro, es que pláceme cumplirte y sonar el cálamo y obedecer te fiebre mía, luz poderosa de un río vocal donde acude mi corazón como balando.

Malva es entre las tumbas, hierba de los campos de Arganza, el que aquí ha llorado buido por las lágrimas y es celoso con la tierra que pisa, el rozado por la desventura y el invadido por el relámpago y aquel que bajo un panamá de nieve se amarillea y despierto en medio del día se aleja de ti y ya es difunto porque no ha de morirse aunque aletee, aunque recorra el mundo empañado por tu ceniza y goce y no te prefiera.

Lloro por el resplandor y los geómetras y por los astros que caen de mis ojos como semillas o yámbicos y lo que dicta el azogue.

Cúmplase que he vuelto, aquel que acude a su videncia porque escrito está, porque en lo aullado da su inicio la fragancia.

La nostalgia es un pájaro que enciende su rumor en la noche

En una ciudad de provincia. En una ciudad con tiendas de ultramarinos y ángeles que cruzan el cielo en bicicleta. Es una tarde de domingo, a eso de la tibia luz del anochecer cuando aún no han dado las ocho.

Bajo la dulce curva de los soportales las muchachas como yedras fragantes ensueñan el melado torso de los jóvenes.

Mi memoria advierte esa dicha, el celeste vapor que los labios exhalan entre palabras secretas. Lo que recuerdo es hermoso, como el aceite que resbala de una tea encendida y fulgente se esparce sobre los cuerpos desnudos, sobre el súbito mármol de los amantes dormidos.

Lo que borda la ternura sobre los valles del Bierzo, lo que lentamente abolido aún palpita como un rubí en el melodioso pico de los pájaros. Así os he sentido, libres y gozosos días donde viví cansado por la luz, radiante, estremecido, hijo de la tristeza y los relámpagos.

En una ciudad de provincia. En una ciudad con escaparates y jardines y trenes silenciosos. En una oscuridad amenazada por el muro cinerario de la aurora.

El otoño era bello, nuestros pensamientos tenían la sonrisa del niño que se baña en el río. Como nacidos del puente o de la torre, como la piedra, despacio, el deseo de la aventura fue huyendo de nosotros, como la albahaca de los oteros de junio, como el jaspe que lanzado por la honda silba brillante hacia los cielos.

Llueve, esa gente que soy y que conozco ha salido a la calle, al céfiro suave de los dialectos del monte. La noche ha puesto lámparas apagadas en los nidos vacíos, solitarios pastores en las tristes cañadas del otoño.

Ya lo sabéis, como esa postal borrada por el sol que guarda en su zurrón un cartero celoso.

Ídolo de Noceda

Nuestra alianza fue con el otoño rojo, no con la túrgida escama del gusano que envejece la vida.

Entonces la sangre de los dioses del valle era fulgurante y hermosa, dócil como el aroma de la música y los bondadosos mastines que mi corazón escucha ladrar toda la noche.

Pero el que silba un aire verde en la siringa y es místico de tacto y dadivoso ha hundido sus manos en la tierra. En el áspero confín de los sepulcros, edad de la muerte donde nunca hubo nadie, han rozado sus primorosas yemas la semilla, el astro de la tribu, la piedra del relámpago.

Oh gota de fuego, muchacha secreta que has subido a lo oscuro desde la penumbra encarnada de lo que es bello y remoto.

Esa carne de rosa o de columna enterrada en el aire ha entrado como una hebra de luz en mi corazón.

Pero esta tristeza es definitiva, como un nudo de bronce.

Lo que sé de mí

Yo he nacido aquí junto a las altas lilas del verano
y los verdes racimos amargos de la aurora.

Yo he nacido entre las rosas que han muerto
y el mustio follaje de los jardines de un sueño.

En las transparentes alamedas que canta el ruiseñor
y abre el rocío con su cuchillo de cristal en la mañana.

Como la hoja que cae sobre un sepulcro
yo he pisado al nacer esta piedra y su luz me ha salpicado.

Como el que nace para la música y talla la madera o la roca
y escucha su voz crujir bajo el cincel y no pregunta.

Yo he nacido duro de corazón y equivocado,
pero vosotros me habéis dado la tierna mano de la primavera.

El que sopla las estaciones y hace reverdecer al árbol muerto
ha mirado esta rama joven que no ardía.

Al consumido en su luz y al que el amor destierra
mis días por igual se han parecido.

Como aquel que al entrar en su casa se encuentra con la mar
y goza y es feliz y se queda con ella para siempre.

Yo he nacido aquí antes de que mi corazón se diera cuenta
y una dulce mujer se acercara a mi sombra como madre.

Desde entonces he sido melancólico y triste
porque he contado los astros y la lluvia y la arena.

De lo ajeno he tenido la bondad de la tierra
y de lo mío la nada en su infinita certeza.

He visto a los hombres mirar hacia el cielo
como buscando la vida que junto a ti se les niega.

Y he padecido con el dolor entre todos
y no he cerrado la puerta al florecido en su odio.

Al que marcado con saliva se esconde de los muchos
lo he elegido más cerca de mi corazón que a los otros.

Y he contemplado a los pájaros
resolver en el vuelo el misterio del aire.

Yo he nacido aquí junto a la piedra de Cluny
donde brota el mirto su tallo en la maleza.

Pero no he sido feliz,
mi memoria se ha cansado de llover y esperarte.

Nada pudo la abundante espiga del dolor contra nosotros,
cuanto más me iba, más tu amor me aprisionaba.

Y así he sido claro bajo el sol y también fuente
donde suben a beber desde el fondo del mundo las estatuas.

Y un día, un día como hoy resplandeciente y puro,
rozado tal vez por el deseo se acercó a la ventana mi figura.

Y al ver todo transido de pétalo aquel cuerpo
salí como siguiéndola y me perdí en su calle.

Yo te he amado pequeño pueblo entre dos ríos
donde supo mi corazón el don de la palabra y las alondras.

Valle del alba

Al alba, a la adormidera pura de los geómetras del sueño, los carboneros y los que transportan tinajas bajaban a las calles desde las aldeas del bosque, repartían sustancias como el calor y la leche, y yo los escuchaba, yo los escuchaba pasar hasta perderse, hasta olvidarse más allá de mí mismo, más allá del humo de los trenes y las montañas nevadas.

Aves del amanecer, potros del alba. Gente de la ciudad a cuyas puertas, tírsos y vapor de caravanas, tañen su juventud la primavera. Los que amasan caballos, hombres cuyo oficio es la madrugada, pescadores de batrachios en las charcas umbrías de la aurora y los que curten blancas pieles de cabra bajo la jauría de las estrellas.

Multitud de los valles sembrados de cilantro, multitud azul de la tristeza, muchachas de las cabañas que recolectáis especias, manos enternecedidas por la siringa y los pájaros. Vosotros, cuyo silencio no conoce la duración del olvido, timbradores de címbalos, carpinteros de cancelas para los animales en celo, lejanas mujeres de los casares que alimentáis ocas las tardes de lluvia.

Esta es la hora de los ancianos alrededor de una fuente, losa de la cavilación y la antigüedad del anochecer. Ciudad de los que juegan a las tabas bajo los árboles, consentidos aduladores del meteoro y la botánica, musicantes silvestres.

Mi corazón os ha oído, mi corazón largamente ha escuchado el silbo de los astros y al urogallo del bosque. Voces de la diversidad y la astucia junto a la lonja reverdecida por la albahaca de mayo. Voz de los gramáticos y voz de las viudas ante las jaulas de mimbre, exclamación del silencio en los atrios de la

serenidad y exclamación de las bestias bajo los puentes ante las herramientas de filo.

Día afligido por un pensamiento cuya sombra no existe. Día nombrado por la prudencia de quien descifra el telégrafo, de quien blanquea un asilo o azoga la soledad de la muerte en la humedad de una fonda.

Concurrencia agreste que acude a mi alma, gente de la colina, gente de las afueras que comerciáis en la plaza, el que machaca romero sobre una piedra de sílice y el que enjambra colmenas entre las matas de urces. País de los trenzadores de banastas, país de los melodistas de armónica y los vendedores de cebos en la extensión de la niebla.

Extranjeros guiados por el aliento de la muerte, constructores de estatuas y maestros de esquila bajo la curva de los soportales.

Muchachos de las aldeas, muchachos cuya memoria es veloz como el rayo y se desvanece y no alumbría. Jóvenes de una orilla del río, cuerpos de la alameda con una hoz y una azada bajo el aullido de las estrellas. Ebrios adolescentes en el fervor y en el agua, los solitarios bajo la sombra de los viejos puentes de madera y los que al atardecer contempláis con delicia el jaspe mojado de la melancolía y los sueños.

Hablad de este día, decid de qué perlada vísperra de nieve llegáis a mi boca, día de las mujeres fértiles junto a las viñas, día de los dóciles, de los que tallan báculos y de los tintoreros de género.

Gente del río, escamadores de peces, los que engarzan la pluma vívida de los anzuelos y los que sois transparentes como una boya de vidrio en la adivinación de los vientos, gente del estero y los vados, aguadores del amanecer que entonáis en el prado la romanza furtiva de los que saetean alondras.

Tierra que cantas debajo de la tierra. Tierra elegida por los bebedores de vino que trazaron la línea del horizonte y los mapas. Los que encendieron hogueras, el pastor de relámpagos y los acopiadores de bayas, tribu del anochecer, resplandor de los dioses sobre las colinas de hierba. Tierra del alba, frontera de los pulsadores de cítara, pueblo cuya soledad es dulce en el sonido de mi corazón.

País de las semillas, país de la ribera donde balan las corzas. Habitantes del valle, gentes del oeste atravesando la niebla. Este es el lugar donde la vida, este es el lugar donde la muerte, ferreteros y sastres, bailinistas cuya felicidad es útil en la celebración, el que construye un palomar y quien se inclina ante el fuego.

Virtud de las básculas en los establecimientos del jueves, virtud de las artesas con sal, aroma de las droguerías. Gente que transcurre en la plaza, el señalado del alba, el campanero, los que hornean hogazas y el linotipista de esquelas.

Humo y silencio de los dialectos del monte. Esa mujer que está sola. El estambre de lana y la parra del pozo. El pensamiento de esa mujer que fue joven y soñó con el mar y ha envejecido. La habitada de sombra, la oscura que está ahí como leña cortada, como el agua profunda mientras sufren las norias, mientras cruzan los pájaros hacia las ínsulas ardientes del otoño, los pájaros morados del olvido, las aves del ciprés, los mirlos muertos, los pájaros egipcios de la noche, los pájaros sagrados del incesto.

Hace ya mucho tiempo que han ardiido los bosques, hace ya mucho tiempo que en los establos de heno la soledad avienta los vilanos del cardo.

Valle sin misericordia, lo palidecido en las hojas de los robledales eternos y las voces heladas del druida.